

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Colón (antigua del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 9 DE DICIEMBRE DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3

NUM. 806

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

EL MITIN DE MOLINA

Se verificó ayer tarde en la vecina villa de Molina, el anunciado mitin agrícola, constituyendo su resultado un verdadero éxito para la comisión organizadora.

Tuvo lugar acto tan importante en el amplísimo salón de sesiones del Ayuntamiento, ascendiendo a unos mil doscientos el número de los concurrentes al mismo.

Ocupó la presidencia D. Luis Díez Guirao de Revenga, el cual tenía a su derecha al delegado del gobernador, D. Manuel Fernández Reyes y a su izquierda al alcalde de Molina, D. Enrique Fernández.

A la derecha de la mesa presidencial se colocó una mesa, en la cual tomaron asiento los periodistas: estando representados «El Imparcial», «Heraldo de Madrid», «El Liberal» de Madrid y Murcia, «El Diario de Murcia», «El Obrero Moderno» y EL CORREO DE LEVANTE.

A la izquierda tomaron asiento los presidentes y numerosas representaciones de las sociedades agrícolas de Murcia, que con su asistencia ofrecían prueba cordial de fraternidad a sus hermanos de los pueblos ribereños.

Comenzan los discursos, haciendo uso de la palabra.

El Sr. Díez Guirao

Se siente orgulloso del acto que se realiza, y desea que los obreros agrícolas vean en él un hermano, que trabaje con la pluma sobre el papel, y que vá allí desinteresadamente.

Precisa redimir al pueblo de la ignorancia en que vive, haciéndole despertar a la vida plena del adelanto moderno.

Los odios y resquemores hay que extirparlos, que el odio Dios lo maldice como bendice el amor.

El problema social hay que resolverlo por el amor, por la confraternidad de todas las clases.

Dice que el trabajo es a la propiedad como el árbol a la tierra, y en términos elocuentes encomia el trabajo del agricultor.

El pueblo debe emanciparse al amparo de la ley: debe ser libre, porque el hombre que no lo es se equipara a la bestia.

Aboga por la revolución del pensamiento, no la revolución sangrienta que llena las calles de víctimas.

No soy amigo de los grandes; lo soy de los pobres y humildes, y me satisfizo un abrazo del labriego de los campos, resignado y sufrido, hasta el punto de soportar cargas superiores a sus fuerzas.

El hombre aislado nada puede: hay necesidad de asociarse para combatir las codicias y malas artes: y a este efecto pondera la labor de las sociedades agrícolas de Murcia.

Tributa frases de elogio a EL CORREO DE LEVANTE y demás periódicos locales, aludiendo al representante allí presente del periódico obrero.

En Granada oyó calificar a la huerta de Murcia como la Covadonga de la regeneración agrícola.

Recuerda como obra de la asociación, la Caja Agrícola, creada por iniciativa de D. Francisco Rivas Moreno, y el éxito obtenido en la exportación del pimiento.

El orador pregunta al auditorio: ¿Queréis que se quite la adición de aceite al pimiento.

(Voces unánimes: sí, sí. Mueras a la adulteración. Se promueve algún tumulto, por protestar un concurrente, gritando otros muchos: ¡a la cárcel el que quiera aceite!)

Recuerda los compromisos contraídos por el Sr. Silveira con los huertanos, y propone que se le envíe un telegrama después del mitin, así como a los señores Ministros de la Gobernación y de Hacienda.

Saluda a los Sres. Pescetto y García Guillén, de Orihuela, que no han podido asistir por ausencia el primero y por deberes ineludibles el segundo, al acto que se celebra.

Termina con vivas al rey, a los diputados y autoridades, a la prensa, a Murcia y a Orihuela, todos los cuales son unánimemente contestados.

El elocuente discurso del joven orador fué aplaudido con verdadero entusiasmo.

Eloy Gil Amador

Habla en nombre de la comisión organizadora del mitin, para dar gracias a la prensa, al Sr. Díez Guirao y a cuan-

tos han contribuido a la celebración de este acto.

Cita frases de Balmes y Zola, para encarecer la fuerza del pueblo, cuando está unido y persigue nobles fines.

Dice que hay que sacudir el yugo del caciquismo y la explotación, y que no quiere aclarar conceptos para no herir a nadie.

Dedica palabras de elogio y gratitud a los presidentes de las sociedades agrícolas de Murcia; a D. Antonio Pescetto y a «El Imparcial», por su hermosa campaña en favor de los intereses agrícolas de esta región.

Termina diciendo: la asociación se encargará de pagarle una patada a todo lo que estorbe. (Ruidosos aplausos y aclamaciones.)

Francisco Sanchez Meseguer

Habla en nombre de las sociedades agrícolas de Murcia.

Dice que estas han puesto término a antiguas rencillas, y consiguientemente el juzgado tenga que intervenir en pocos asuntos de huertanos.

Expone las aspiraciones de dichas sociedades, y afirma que estas no tratan de molestar a nadie y sí solo de defender sus derechos e intereses. (Aplausos.)

José Guillén

Valiéndose de un ingenioso símil, que dice oyó en un sermón una vez que vino a Murcia, expone la necesidad del trabajo, sin el cual se haría imposible la vida social.

El orador habla muy brevemente, y es también muy aplaudido.

El Sr. Bautista Monserrat

Habla en nombre de los periodistas presentes, para recoger y agradecer las frases de elogio que a la prensa se han dirigido y dirigir un saludo cordialísimo, entusiasta al pueblo agricultor.

Felicita a este por haber despertado de su marasmo, disponiéndose a redimirse por su propio esfuerzo, y a no esperar de ningún Mesías la redención.

Invita a los colonos a que, reservando para los dueños de las tierras todos los respetos y todos los deberes, borren de su lenguaje la palabra amo, que trasciende a signo de esclavitud.

No hay amos ni siervos: en la sociedad presente, hija del progreso, no cabe entre los hombres otra diferencia que la nacida de sus virtudes y sus hábitos de trabajo.

Considera próximo el triunfo de la justicia en la cuestión del pimiento: y pide que se exija al ilustre jefe del gobierno conservador, el cumplimiento de lo solemnemente prometido.

Elogia la labor perseverante de los diputados murcianos en favor de la huerta.

Pide que no se vitorice a las personas, que son perecederas, y sí a lo que constituye símbolo de la patria, y es imperecedero por lo impersonal.

Termina con vivas a España, al rey y a las huertas de Murcia, Orihuela y Molina. (Grandes aplausos y vivas a EL CORREO DE LEVANTE.)

José Rodríguez Romero

Director de «El Obrero Moderno».

Se expresa en tonos vehementes, mostrando su conformidad con algo de lo dicho por los oradores anteriores: sobre todo en lo referente a la palabra amo.

Defiende la superioridad del trabajo sobre el capital, y dice que la redención del proletariado solo se conseguirá mediante la revolución. (Aplausos y aclamaciones.)

D. José Castillo

Abogado. Dice que esta reunión implica algo de democracia, y por ello tiene todas sus simpatías, a fuer de democrata.

Aconseja a la nueva asociación que coloque a su frente una persona de respetabilidad y prestigio.

Aboga porque se destierren el servilismo y la envidia. (Aplausos.)

El presidente

Habla nuevamente el Sr. Díez Guirao de Revenga, explicando la significación que entre nosotros tiene la palabra amo, que en concepto del orador nada tiene de depresiva, aunque está conforme en que se destierre.

Refuta lo dicho por algún orador sobre el empleo de la fuerza y dice que con esta no se consigue el triunfo del derecho.

Propone la celebración de reuniones análogas en Guardamar, Orihuela y otras localidades, hasta llegar a la constitución de la Federación Agrícola de Levante.

Igualmente propone, y por unanimidad se acuerda, la concesión de un voto de gratitud al ilustre patriota Sr. Rivas Moreno, por su iniciativa para la creación de las Cajas Agrícolas.

Termina con un viva a España, al que contestan el compañero Rodríguez Romero con uno a los trabajadores y el señor Castillo con otro a la democracia.

En medio del mayor entusiasmo se dá por terminado el mitin.

Obsequio

Después del mitin, los organizadores de este, los representantes de la prensa local y otras personas, pasaron al domicilio de la respetable Sra. D.^a Dionisia Salomón, madre de nuestro querido amigo el joven e ilustrado abogado don Carlos Soriano Salomón.

Allí fueron galantemente obsequiados con dulces, licores y habanos, quedando sumamente reconocidos a las atenciones recibidas de tan hospitalaria y distinguida familia.

Los telegramas

En cumplimiento de los acuerdos adoptados en el mitin, se transmitieron anoche a Madrid los telegramas siguientes:

Ministro Gobernación

Reunidos grandioso mitin agrario Molina representación pueblos ribereños Valle Segura para constituir asociaciones agrícolas, elevamos a V. E. fervorosa aspiración unánime, suplicando inmediata Real orden absolutamente prohibitiva mezcla aceite pimiento, única salvación cierta agricultura regional, así estimada y patrocinada recientemente por partido conservador y por V. E.

Amparados transcendental resolución guardármole eterna gratitud.

Por la comisión organizadora, Guirao de Revenga, Meseguer García, Sanchez Lopez.

Villaverde, Ministro Hacienda

Impetramos V. E., protector generoso huertanos vega Segura, interese ministro Gobernación urgente pronunciamiento Real orden prohibición absoluta mezcla aceite pimiento. Acabamos acordarlo grandioso mitin pueblos ribereños reunidos para constituir Asociaciones agrícolas en aspiración entusiasta. Deberémosle V. E. nuevos motivos nuestro profundo agradecimiento.

Por Comisión organizadora: Guirao de Revenga, Meseguer García, Sanchez Lopez.

Silveira.—Presidente Consejo Ministros

Acabamos telegrafiar Ministros Gobernación y Hacienda celebración grandioso mitin agrario en Molina constituyendo Asociaciones agrícolas. —Aunado unánime, entusiasta Asamblea, ha sido suplicar V. E. influya decisivamente pronunciamiento inmediata Real orden prohibición absoluta mezcla aceite pimiento, rogándole urgente realización generosa promesa suya a huertanos, recientemente acreditado por resuelta actitud ante Parlamento.

Saludámosle sinceramente reconocidos, nombre Valle Segura.

Por Comisión organizadora, Guirao de Revenga, Meseguer García, Sanchez Lopez.

INSTANTANEAS

A LA SEÑORA

Dona Concha de la Plaza

Ya que es usted exalcaldesa por la crisis liberal, la felicito en su día como no hice años atrás, porque yo es que me las traigo siempre con la autoridad y soy casi un anarquista tocante a lo de mandar.

He aquí la causa, señora, es una causa formal. Ya no es usted alcaldesa, cosa que no sentirá,

y por consiguiente este año estamos de igual a igual, y aunque estos versos me salgan con delito de maldad, no podrá usted aconsejarme a D. José, porque ya no ha de meterme en chirona y está es mi tranquilidad.

Si hubiera seguido el mando, aunque soy ministerial, seguro que mi saludo, en vez de este que aquí va, hubiera sido más frío y hubiera sido verbal.

Que alce D. José la vara y que la sepa liar porque si no la conserva entre papel y azafrán yo oree sin duda alguna que se le apollillará; porque estos conservadores cuando deciden entrar, hay que echarlos a pedradas y ni a pedradas se van.

Pero me voy del asunto, del asunto principal, del único que yo quiero en esta festividad.

Con esto de la política estoy ya loco de atar, pues donde quiera que voy de lo mismo hablando están, y sin querer me contagio y me ha llegado a pasar que por pedir un paquete en cualquier estanco, ya pedi tres veces un Maura y un Duque de Tetuán.

Peró hoy ya no hay más política que es esta festividad simpática, de la Virgen que tiene imperio real, aunque se amosque Romero y aunque se indigne Pidal; esa es la Reina, la Reina que siempre gobernará, la Purísima que tiene una corte celestial en donde no turna nadie porque no hay necesidad.

Y usted doña Concha es una estrella de las que están adornando el manto hermoso de la Madre universal y merece usted ese puesto sin duda, por su bondad.

Felicio Rojer de Larra.

UN CUENTO DIARIO

EL UNICO BAILE

El verdadero nombre de la casa era el de la Granjería, pero en el país la llamaban la casa del borde del agua, porque reflejaba en el lago su elevada techumbre y su obscura fachada meridional.

Estaba aislada de las otras viviendas. Al Mediodía por el lago y al Norte por huertos y viñedos.

Las espaciosas piezas, con sus paredes decoradas con frescos a la italiana y su mueblaje del siglo XVII, no ofrecían grandes comodidades; pero bastaban para los sencillos gustos de los propietarios, los Belmont de Vertier—dos esposos sexagenarios que vivían en la Granjería desde la época de su matrimonio, habiendo visto transcurrir allí cuarenta primaveras y otros tantos inviernos.

Para los dos ancianos era la Granjería la mansión más alegre del mundo. Pero no opinaban del mismo modo las sobrinas de Belmont, dos huérfanas de dieciocho a veinte años, que sus tíos habían recogido desde su más tierna edad. Después de haber permanecido por espacio de cuatro años en un convento de Chambéry, las dos hermanas, Margarita y Clemencia, se instalaron en la Granjería, donde pasaban una vida monótona, consagradas exclusivamente a las faenas domésticas.

Su única distracción consistía en espiar durante el verano el paso del vapor que daba la vuelta al lago con su carga de viajeros de distintos países. Temblaban al oír el silbido de la máquina y veían alejarse el buque con verdadera pesadumbre.

Condollanse las dos hermanas de que su juventud se consumiese en tan melancólicas aislamiento, y los domingos, en la iglesia, pedían a Dios y a los santos que les deparara algún suceso imprevisto que rompiera la terrible monotonía de su existencia.

Al fin oyó el cielo sus plegarias. Una carta de Ginebra obligó al dueño de la Granjería a ausentarse por ocho días, y como los dos esposos, a imitación de Filemón y Baucis, no podían vivir el uno sin el otro, resolvieron partir juntos, confiando su casa a la custodia de sus sobrinas.

Así, pues, una mañana de Julio, después de haber hecho todo género de recomendaciones a Margarita y a Clemencia, los dos ancianos salieron de la Granjería en un coche cargado de paquetes y de provisiones como para un largo viaje y desaparecieron en la curva del camino de Annecy.

Solas y dueñas de la casa, las dos hermanas batieron palmas y empezaron a devanarse los sesos para inventar distracciones que pudieran hacerles patente su momentánea independencia. Pero no encontraban nada nuevo, y al llegar el cuarto día empezaban a no saber qué hacer de su libertad.

Mientras se hallaban ociosas en la galería contemplando el vuelo de las aves, oyeron ruido de pasos y de voces en el vestíbulo, y vieron entrar a dos jóvenes de su edad, dos primos lejanos que acababan de salir de la escuela de Grenoble y que, al cruzar el lago, habían tenido la idea de ir a hacer una visita al tío y a la tía Belmont.

Margarita y Clemencia les dijeron que el matrimonio estaba ausente, y deseadas de desempeñar su papel de dueñas de la casa, convidaron a comer a los dos jóvenes.

«No era este el suceso inesperado que el cielo les deparaba al fin?»

Acto continuo resolvieron aprovechar aquella inesperada visita y darse una vez al menos en su vida algo que trascendiera a lista y a baile.

Se encendieron todos los candelabros y arañas de la casa, se organizó un espléndido banquete y se hicieron riquísimos refrescos.

Después de comer, los dos primos acompañados de la criada, fueron introducidos solemnemente en el salón, iluminado a giorno.

A los pocos instantes, abrióse de par en par una de las puertas laterales, y las dos hermanas, que se habían retirado a su cuarto con objeto de vestirse, se presentaron completamente metamorfosadas.

Habían revuelto las cómodas y los cofres de la tía, e iban vestidas con antiguas faldas de ramaje que databan del tiempo de María Antonieta.

Alegres y sonrientes, agitaban vistosos abanicos y saludaban haciendo solemnes reverencias.

Los primos, por su parte, estaban encantados de la fiesta.

Abrióse el piano, que dormía en un extremo del salón, y una tras otra, las hermanas tocaron vales y polkas mientras una sola pareja giraba por la espaciosa sala.

De cuando en cuando, la criada servía refrescos y golosinas a los convidados.

Embragados por la música y por el baile, los corazones de los cuatro jóvenes empezaban a palpar con violencia. Por las abiertas ventanas, el viento de la noche les traía perfumes de jasmín y de madreselva, que les sugería enloquecedoras palabras de ternura.

Pasaban las horas, cuando de pronto entraron aterrados en la sala los esposos Belmont, que habían anticipado su viaje.

«¿Qué escándalo, Dios mío, qué escándalo! exclamaba la tía, mientras que su marido apagaba presuroso las bujías de los candelabros.

Las dos hermanas se refugiaron en su cuarto y los primos emprendieron la fuga, dejando a los ancianos llenos de terror en medio del salón.

Han pasado muchos años y los esposos Belmont han muerto.

Los primos se han casado en lejanos países, y Margarita y Clemencia son dueñas absolutas de la casa del borde del agua.

Consúmense allí en el celibato, acostumbradas a la soledad de la antigua mansión, y, como los tíos, repiten a cada paso que nada hay tan encantador en el mundo como la Granjería.

Pero en el fondo de su alma conservan como en un santuario el recuerdo de aquel baile improvisado—su único baile—y de aquellas frases galantes

